

Chiqui tiene un padre mago y todas las mañanas le dice unas palabras mágicas que le hacen estar contento durante todo el día. Incluso es capaz de transmitir esa alegría a sus amigos. Los compañeros de Chiqui tienen padres que les dan muchos consejos antes de salir de casa: que se laven los dientes, que tengan cuidado al cruzar la calle, que se den prisa..., o no les dicen nada. Eso no los hace muy felices. Están muy intrigados por el secreto de Chiqui. Hasta que una mañana lo espían y descubren que las palabras mágicas son sencillamente: “Chiqui, que tengas un día feliz”.



EL BARCO



DE VAPOR

Gabriela Keselman

Si tienes un papá mago...

Ilustraciones de Avi

30ª EDICIÓN

sm



Gabriela Keselman nació en 1953 en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Desarrolló su actividad profesional en el área de la creatividad infantil trabajando en escuelas y coordinando talleres. Trabajó durante más de diez años en la redacción de la revista *Ser padres hoy*, escribiendo, entre otros temas, artículos sobre literatura infantil, reseñas y críticas de libros para niños, entrevistando autores y publicando cuentos.

Escribió y publicó alrededor de 40 libros infantiles en editoriales españolas y argentinas. Algunas de sus obras fueron traducidas y editadas en Suiza, Francia, Estados Unidos, México, Brasil y Corea.

En 1997, su libro *El Regalo* —un libro-álbum ilustrado por Pep Montserrat— recibió el Premio de la Generalitat de Cataluña a los libros mejor editados, en la categoría "Libro Infantil Ilustrado", y fue seleccionado para integrar la lista *100 obras de literatura infantil española del siglo XX*, confeccionada por una comisión de 39 especialistas durante el VI Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura (Madrid, 2000). La versión en inglés de esta obra fue elegida como uno de los "Mejores Libros de 1999" por la revista *Child Magazine*, publicación norteamericana de gran distribución. *El Regalo* también fue premiado por la National Association of Parenting Publications (NAPPA) y la organización Parent's Guide to Children Media. *El Regalo* fue adaptada para ser llevada al teatro negro para niños por la compañía *Fantasía en Negro* dirigida por Víctor Morquillas. La misma compañía adaptó su libro *Si tienes un papá mago...*

En 2006 recibió el 16º Premio Internacional de Ilustración de la Fundación Santa María por la obra *¡Él empezó!*, realizada con el ilustrador Pep Montserrat.





Los niños vieron una ráfaga
de estrellitas de colores
volando alrededor de Chiqui,

Una a una,
se metieron
en su bolsillo secreto.
Ese que queda
muy cerca del corazón.



Había una vez un niño que,
cada mañana,
dejaba un sueño a medias.



Primero saltaba sobre la cama,
y luego, fuera de la cama.

Se vestía tan deprisa
que se equivocaba
al ponerse un calcetín.

A punto estaba
de lavarse las manos...,
pero decidía que la izquierda
no estaba sucia.

Y, además, le dijo:

¡CHIQUI,
QUE TENGAS UN DÍA FELIZ!



Entonces,
su papá le dio una vuelta
por el aire
y un montón de besos.



Luego,
salía patinando por el pasillo.
En fin,
Chiqui hacía,
ni más ni menos,
lo de todos los días.

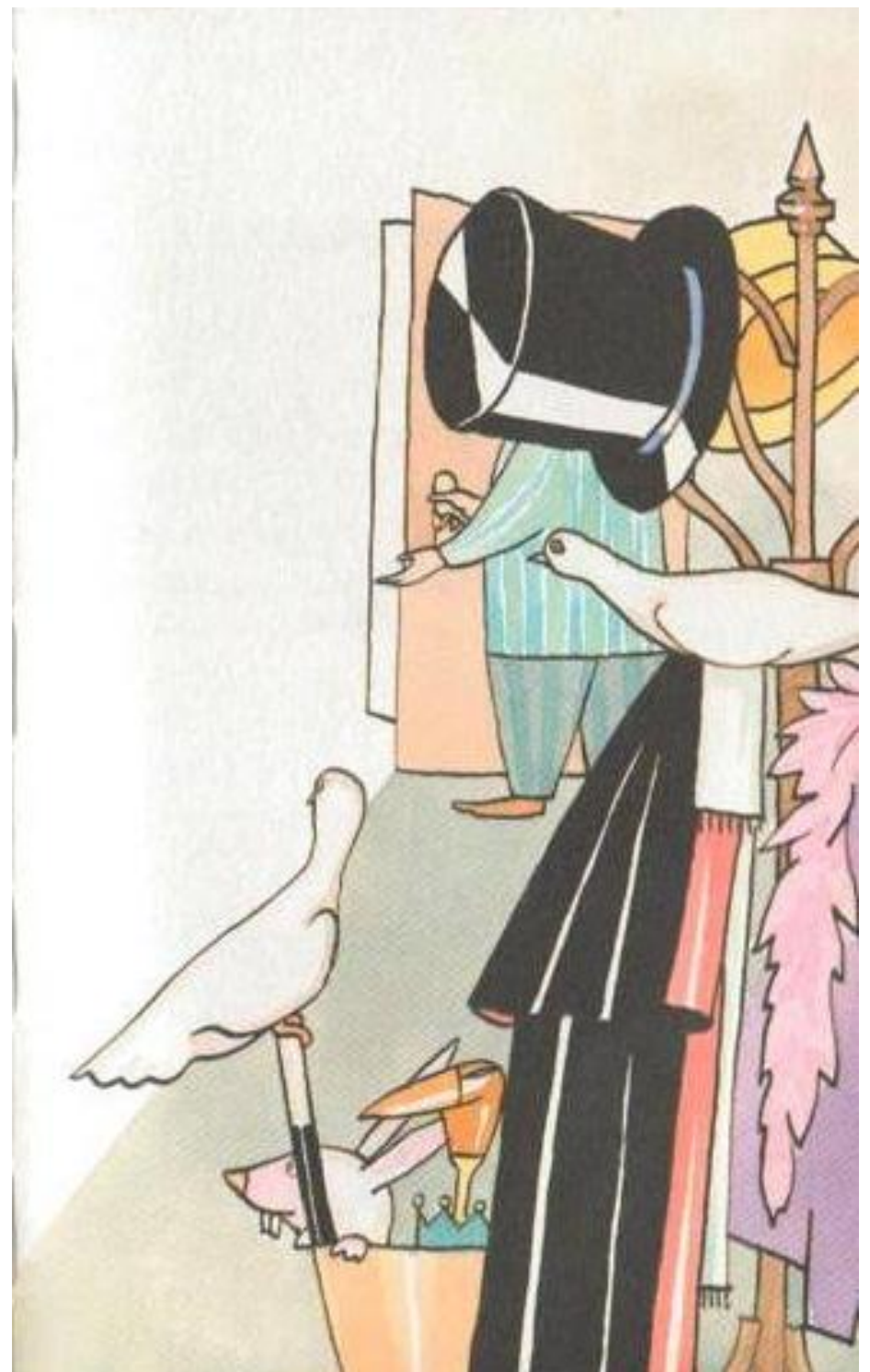
Y es que,
cuando papá esperaba
en la puerta,
no había que retrasarse.

Sobre todo,
si se trataba de un papá mago.
Como el suyo.



Enseguida,
aparecieron los dos:
Chiquí y su papá mago.
Y Chiquí le pidió,
ni más ni menos,
lo de todos los días:

—Papá, no te olvides de darme
las palabras mágicas.

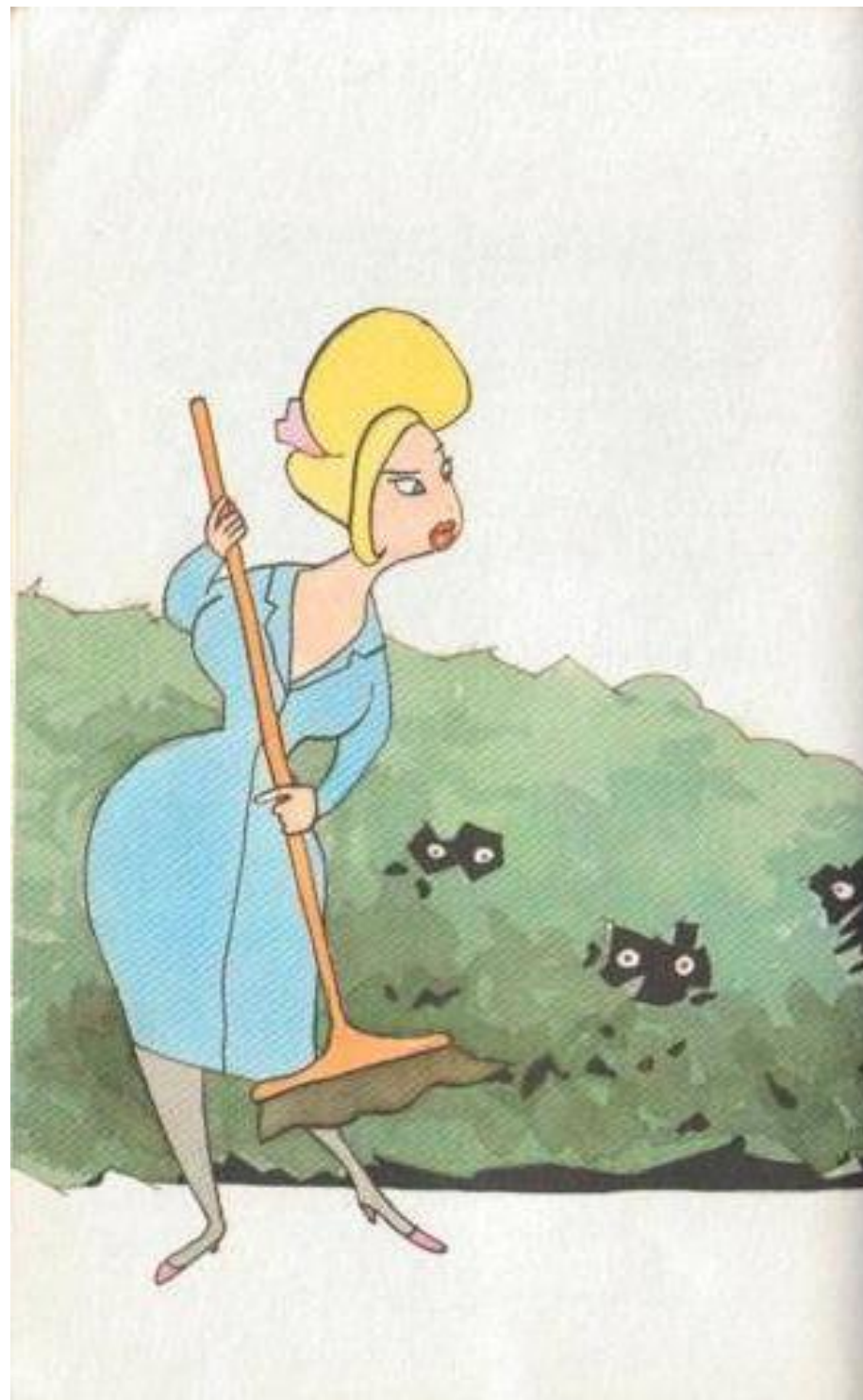




Tal como habían acordado,
se encontraron
frente al portal de Chiqui.

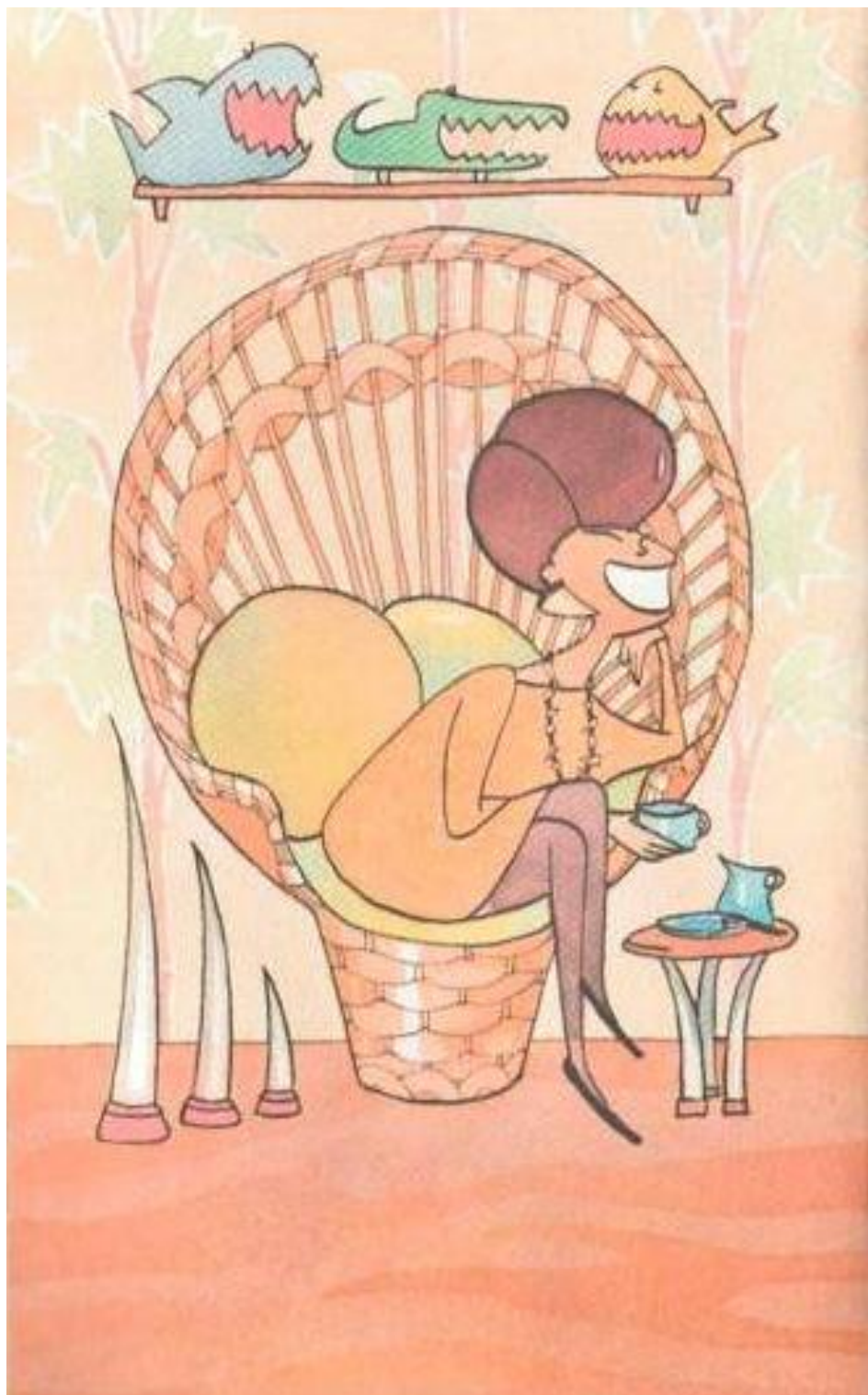
Agachados detrás del seto,
esperaron.





Era un mago muy especial que,
siempre,
le despedía
con un regalo maravilloso.
Le daba unas palabras.
Pero no unas palabras
de ésas del montón.
Eran palabras mágicas.

Chiqui le guiñaba un ojo
y las guardaba
en su bolsillo secreto.
Así, cada mañana,
emprendía el camino del colegio.



Por la mañana,
Mijito,
Nenitalinda,
Campeón
y Tesorito
saltaron de la cama
más temprano que nunca.
Se vistieron en silencio
y se escabulleron
sin despedirse
de nadie.



Primero pasaba
por la casa de Mijito.

La mamá de Mijito
también le acompañaba
hasta la puerta.

Pero como no era maga,
sino dentista,
no le daba palabras mágicas.
Le daba palabras dentales.

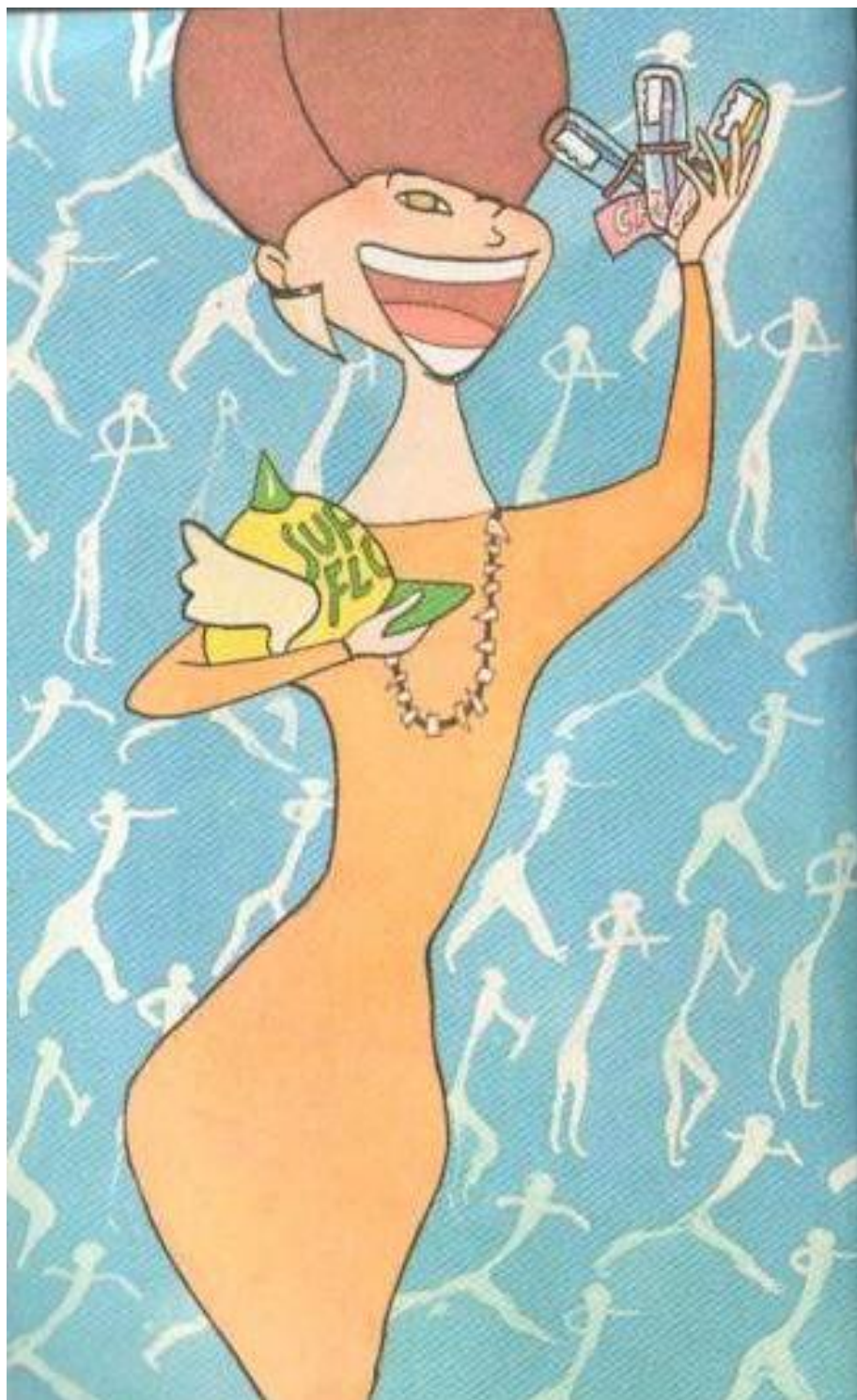


—¡Mijito, lávate los dientes
antes y después de comer!
¡Y mientras masticas también!
¡Y ni se te ocurra
mordisquear el lápiz!
—le decía.



Como tanta bobería
cansa bastante,
Chiqui se marchó a casa.
Los otros niños
se quedaron murmurando.
Hasta que se les ocurrió un plan:
—Mañana vamos nosotros
a buscar a Chiqui.
—Y le espiamos.
—Y descubrimos
las palabras mágicas.
—Y les decimos
a nuestros padres
que las aprendan.
—O que las compren.
—O que las cocinen.





Y bobada va,
bobada viene,
pasaron una tarde bobísima.

—A lo mejor,
te da en la nariz
con una varita
y te deja turulato
y te crees que él es un mago,
pero no lo es...

—Es un cuento chino.

—Eso, tu papá es japonés.

—No, seguro que es oficinista.

—Entonces,
le dará palabras oficinistas.

—¿Y ésas cómo son?



Luego,
le daba un cepillito azul,
uno morado
y uno amarillo.
Y, además, una pegatina
en la que ponía:

LOS CHICLES SON UN ASCO

Y una gorra,
que tenía escrito
con grandes letras bordadas:

SUPERFLÚOR AL ATAQUE

Chiqui miraba a su amigo
con gesto divertido.

Pero su amigo le miraba
con cara de dolor de muelas.

Entonces,
Chiqui se ponía la mano
en el pecho,
donde tenía el bolsillo
de las palabras mágicas.
Y sonreía a Mijito
con tantas ganas,
que lo malo
ya no parecía tan malo.

Al fin,
se iban los dos juntos
hacia el colegio.





—¿Y, luego,
te echa zumo pue delotodo
en la cabeza?

—¿O una pócima
de carcajadas de rana,
alegría de león
y fuerza de búfalo?





—¿O abra la cabra
que labra macabra
a la sombra de la pata?

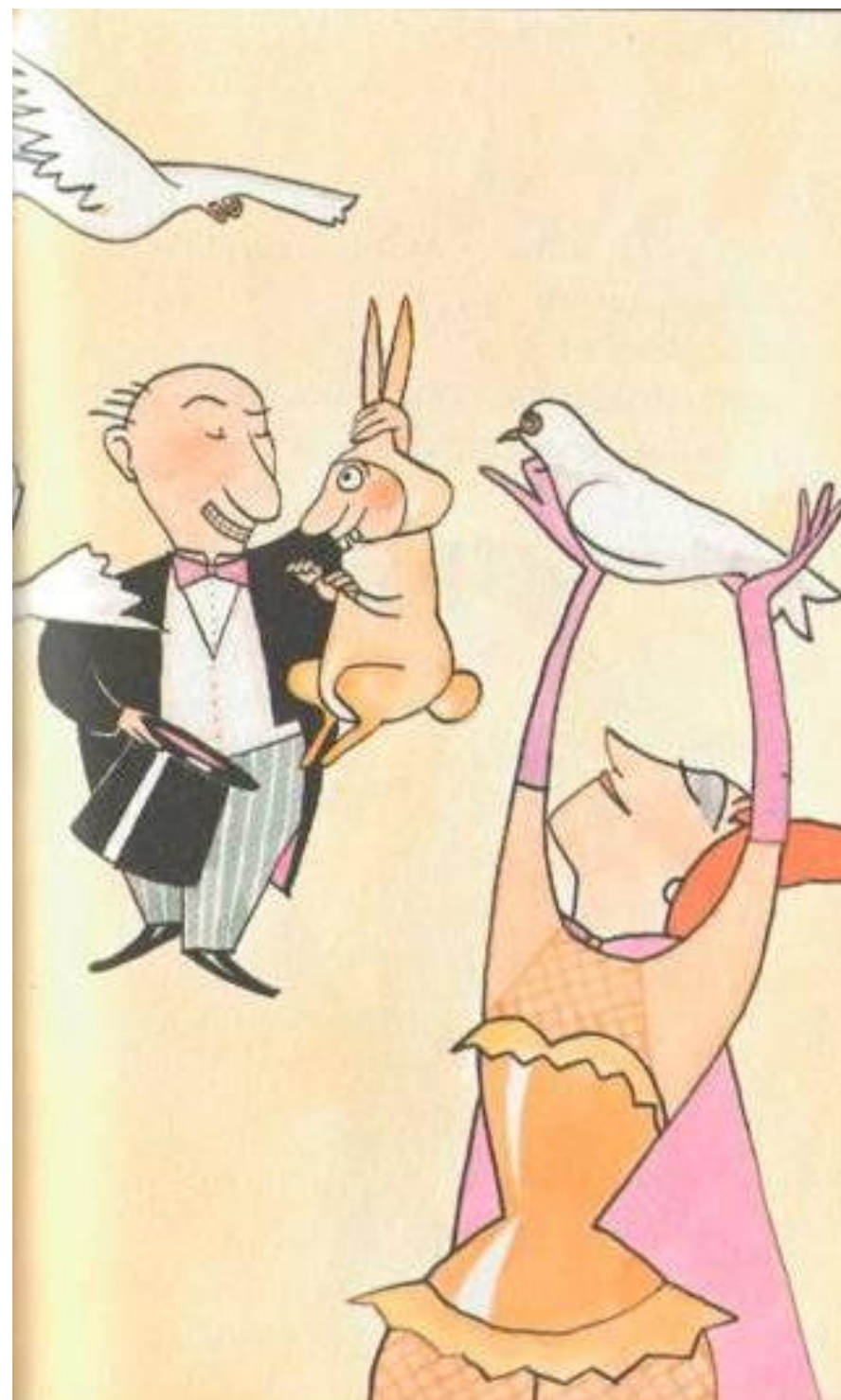


—¿Te dice
MagiChiqui,
magitoma
estas magichachi magipalabras
y te irá de magimaravilla?



Doblaban la esquina
y hacían la segunda parada.
Era la casa de Nenitalinda.
Su papá la acompañaba
a la puerta,
igual que el suyo.
Pero como no era mago,
sino guardia de tráfico,
no le daba palabras mágicas.
Le daba palabras guardianas.

—¡Nenitalinda,
antes de cruzar la calle,
mira a la izquierda
y a la derecha!
¡Y arriba y abajo!
¡Y adelante y atrás!
—le decía.





A ver:
¿Por qué Chiqui
nunca ponía cara
de conejo hechizado?
¿Eh?
¿Qué palabras mágicas eran esas
que le daba su papá mago?
¿Eh?





Un buen día,
a la salida de clase,
todos rodearon a Chiqui.

Formaban un curioso círculo:
una cara de dolor de muelas,
una cara de semáforo averiado,
una cara de carrera perdida
y una cara de banco asaltado.
Y en el medio,
una cara serena y alegre.

Los niños no aguantaban más.
Querían saber
el secreto de Chiqui.

Luego,
le daba una mochila
con bocina incorporada,
luces rojas
que se encendían y apagaban
y espejito retrovisor.

Además,
le daba un silbato,
que al soplar anunciaba:

ESTOY CRUZANDO,
ESTOY CRUZANDO...

Chiqui miraba dentro
de su bolsillo secreto,
cerca del corazón,
allí donde guardaba
las palabras de su papá mago.

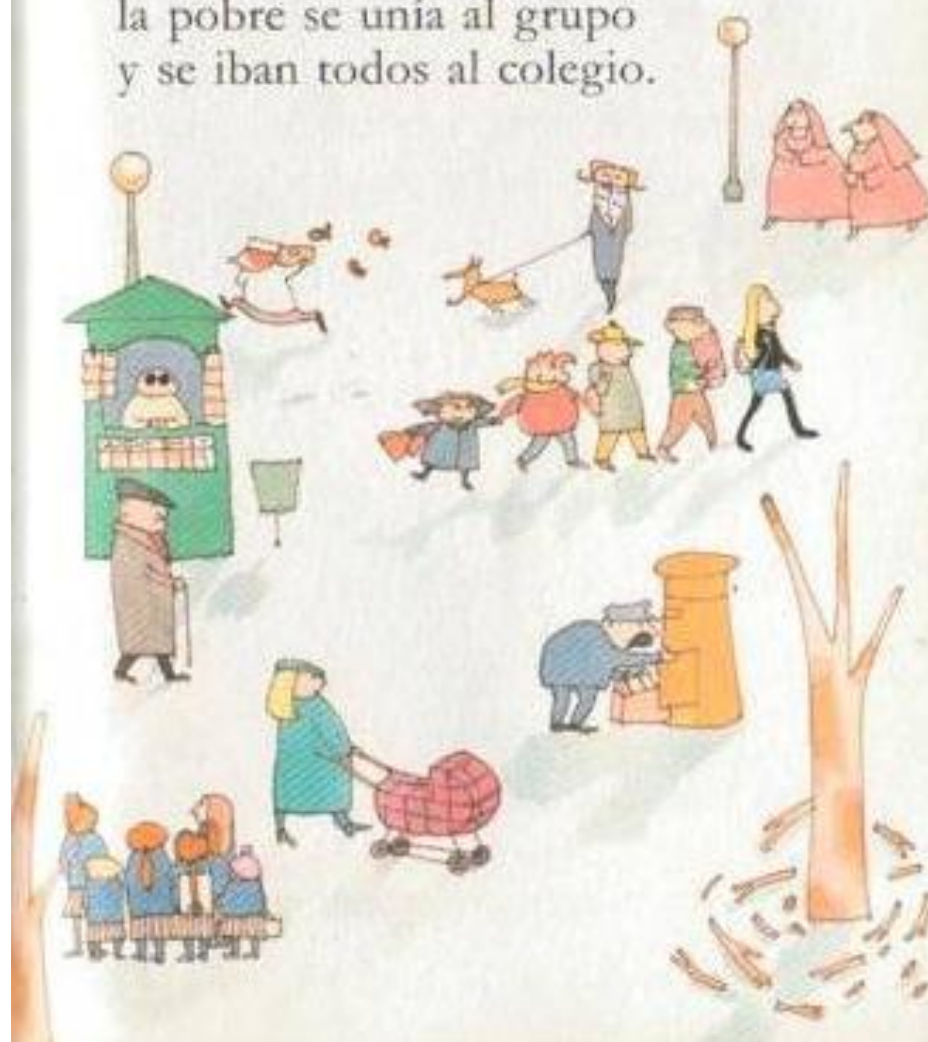
Luego,
atravesaba la calzada
con paso seguro y tranquilo.

Nenitalinda le miraba
con cara de semáforo averiado.
Pero él cogía a su amiga
de la mano
y lo malo
ya no parecía tan malo.

Al fin,
los tres amigos seguían
camino del colegio.

Le daba la otra mano a su amiga
y lo malo
ya no parecía tan malo.

Al fin,
la pobre se unía al grupo
y se iban todos al colegio.



Chiquí miraba a su amiga
con cara muy seria.

Tesorito miraba a Chiquí
con cara de banco asaltado.

Chiquí volvía a asegurarse
de que sus palabras mágicas
seguían allí.





La mamá y el papá de Tesorito
abrían la puerta
y despedían a su hija.

Pero como no eran magos,
sino ricos,
no le daban palabras mágicas.
La verdad,
no le daban ninguna palabra
porque pensaban que Tesorito
ya tenía de todo.

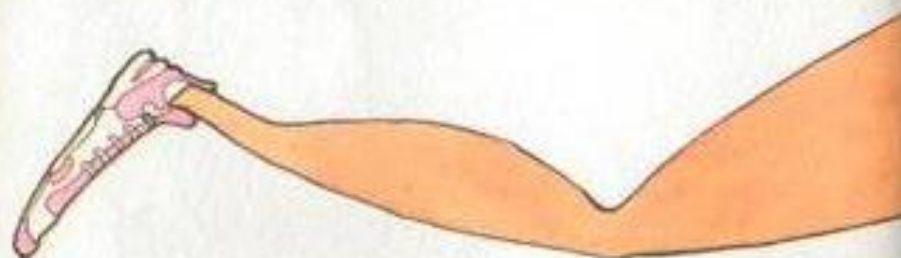


Una manzana más arriba
vivía Campeón.

El papá de Campeón
también salía a despedirle,
como los demás.

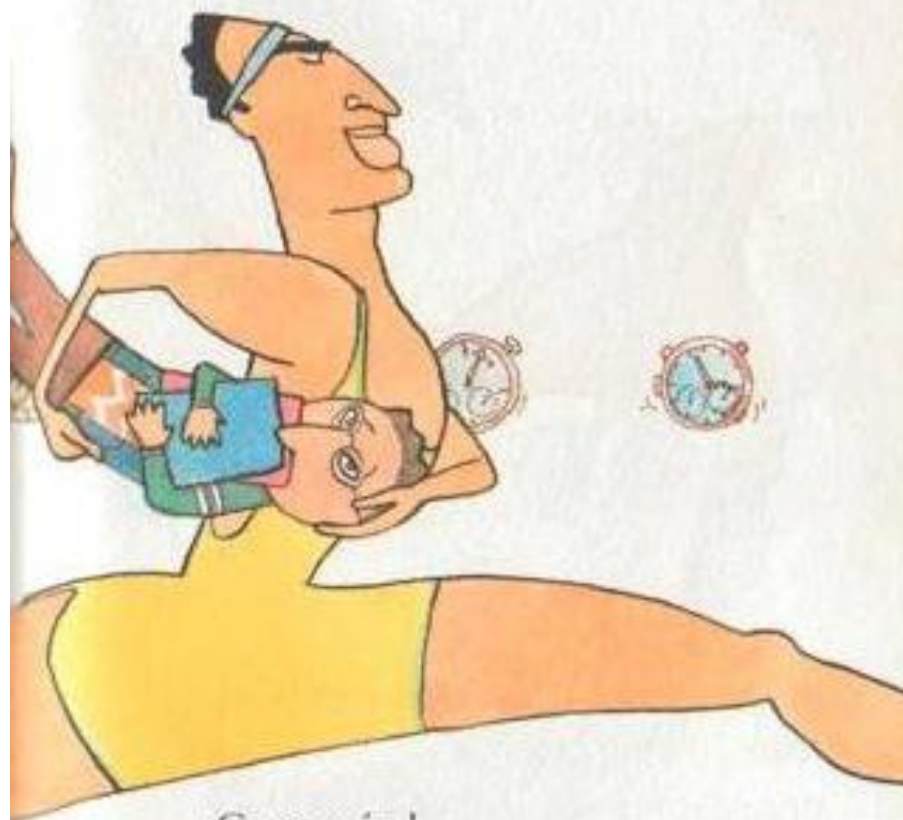


Pero como no era mago,
sino corredor olímpico,
no le daba palabras mágicas.
Le daba palabras rápidas.

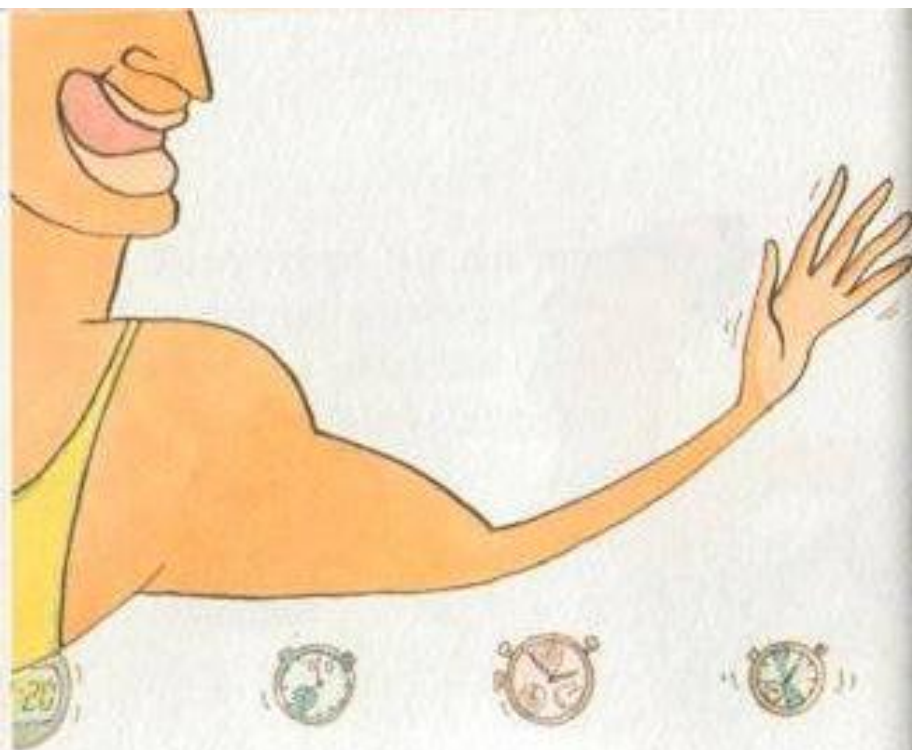




Hasta que llegaban
a una casa enorme
con enanitos en el jardín.



—¡Campeón!
¡Date prisa!
¡No pierdas tiempo!
¡Llega el primero!
¡Adiós, adiós!



Además,
le daba veinte cronómetros,
unas botas
con motor en los talones
y una medalla
en la que estaba escrito:

SOY EL MEJOR...
DESPUÉS DE MI PAPÁ

Al fin,
ya eran cuatro amigos
camino del colegio.



Chiqui se reía despacito.
Pero a Campeón se le ponía
cara de carrera perdida.
Entonces,
Chiqui recordaba
las palabras mágicas
que llevaba en el bolsillo.
Daba un abrazo a su amigo
y lo malo ya no parecía tan malo.

